Discurso pronunciado por
El CP. Alfredo Sánchez Villanueva, Liberal Tamaulipeco
en el Homenaje al Gral. Pedro J. Méndez Ortíz
Cd. Victoria, Tamaulipas, Mex.
a 23 de enero de 2010

Distinguidos Invitados especiales, señoras, señores, alumnos que nos acompañan.

Hace doscientos años, nuestros antepasados vieron nacer en este continente una nueva nación, concebida en la sangría voluntariamente derramada; para hacer tangible conceptos tan desconocidos para aquellos hombres, como lo era la libertad y la igualdad. De esta unión de ideas nació México.

El México que desde entonces y hasta ahora, todos sus hijos, hemos seguido peleando, en la guerra con las armas; y en la paz con las instituciones. Y hoy, reunidos en está parte de la patria; lo que en otro tiempo fue un gran campo de batalla de una de esas guerras. Que si bien no era de inicio o de consumación; bien, si lo era de ratificación de nuestra soberanía nacional.

El 15 de abril de 1865, Pedro José Méndez y su ejército consagraban con sus actos, una porción de ese campo, como lugar de descanso para aquellos que dieron aquí sus vidas para que esta nación pudiera vivir. Pero, en un sentido más amplio, nosotros no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podríamos santificar este terreno. Los valientes hombres que vivieron para contar y los que murieron para lograrlo, lo han consagrado ya, muy por encima de nuestro pobre poder de añadir o restarle algo.

Recordar estos acontecimientos no deben significar sólo un ritual conmemorativo, o una ceremonia cívica protocolaria; sino mas bien, hacer foro vivo, que procure recuperar los valores y principios que nos hicieron surgir como nación y en la que, destacados tamaulipecos de ayer, fueron militantes activos.
Nosotros, al conmemorar honramos, y al honrar, enaltecemos a las personas que por haber desplegado un extraordinario esfuerzo a favor de la patria, se transforman en guía y bandera para las generaciones venideras.

Conmemorar, memorar, recordar en reunión, en su sentido etimológico; es un acto de cultura. Reunirse para recordar como lo estamos haciendo aquí, es hacer del recuerdo un lazo de unión, de unidad y de uniformidad de una memoria histórica compartida.

En la vida de nuestra entidad hay etapas que, por la intensidad de la exigencia en las circunstancias, han requerido de la decidida entrega de los mejores hombres a las causas del esfuerzo común.

Eran los días de la intervención francesa, y todas las acciones llevaban el mismo punto: Comunicar lo que somos. Y, en Pedro José Méndez, desde el principio y hasta el fin, en su historia no parece haber hechos aislados; todos son parte de un mismo camino.

Como hijo: Nace en 1836 en el municipio de Hidalgo, Tamaulipas. Producto de la unión de Don Pedro José Méndez y Doña Agapita Ortiz.

Como estudiante: Inicia sus primeras letras en 1842 en Victoria.

Como agricultor: en 1852 se dedica a realizar las actividades propias del campo, en la Hacienda de San Agustín a sus diez y seis años de vida.

Como Soldado: Ya exponía su vida en Tampico en 1862, en la batalla contra la evacuación de las tropas francesas ahí estacionadas.

Como Esposo: Fiel a sus sentimientos; enamorado de María de Jesús Moncayo, contrajo matrimonio en febrero de 1864 en Cd. Victoria.

Esa entrega en cada una de las etapas de su vida, explica por sí misma el valor de sus convicciones. Por eso no era de extrañarse que el entonces Capitán Méndez Ortiz, no dudara ni un momento en abandonar su hacienda y, regresar a Victoria cuanto antes; para evitar su capitulación ante la decisión común de los cobardes Generales García y Vidaurri.

Como Héroe: Sólo era un hombre de carne y hueso, un militar mexicano de esos que saben que los compromisos que se asumen, se cumplen. Y el Presidente Juárez, que sabía muy bien que, las guerras se ganan con grandes batallas; y las grandes batallas las dirigen los mejores oficiales. Por ello, no dudo aquel 16 de julio de 1865, otorgarle el grado de General a nuestro héroe; y ponerlo al frente de las tropas liberales de Victoria y Linares.

Con este hecho, el Presidente Juárez reafirmaba la grandeza y la entereza de los tamaulipecos allende nuestro limites del Estado. Hoy sabemos que esa grandeza no es nunca un regalo, hay que ganársela. Nuestros retos pueden ser nuevos. Los instrumentos y las herramientas con los que los afrontamos, pueden ser nuevos; pero los valores de los que depende nuestro éxito, el esfuerzo, la honradez, la valentía, la tolerancia, la lealtad y el patriotismo; no son algo nuevo por aquí. Esas son cosas reales que hemos heredado de nuestras familias tamaulipecas. Ese ha sido, con toda certeza, el callado motor de nuestro progreso a lo largo de la historia.
Si los mexicanos de ayer junto a Pedro José Méndez, vivieron bajo fuego real; hoy que vivimos en paz, en democracia, con libertad y sin amenazas extranjeras; junto a nuestros Gobernantes, hemos pasado de los fuegos reales a los fuegos artificiales que festejan el cumpleaños de la patria. Fuego que conmemora y a la vez convoca, ya sea en la llama encendida o en el sonoro rugir del arma, a enaltecer, el alma viva del sentir nacional.

Si los tamaulipecos de ayer enfrentaron al mejor ejercito del mundo, los tamaulipecos de ahora debemos enfrentarnos al mundo entero. Pero la batalla es ahora por el desarrollo social de nuestra gente, el crecimiento económico de nuestras regiones y por la elevación de la educación, de nuestros recursos humanos. Eso es lo que veo hoy, en gobiernos actuales como el de Eugenio Hernández Flores, quien, teniendo en gran estima el valor familiar y una auténtica preocupación por su responsabilidad, constantemente menciona conceptos de que en la vida, es indispensable la lealtad, la generosidad y la sinceridad para emocionar, para hacer vibrar y contagiar entusiasmos a la gente; cuyos actos conjuntos, son resultado del trabajo, el orden y la disciplina que hace de Tamaulipas el arquetipo de la competitividad nacional.

Esa es la nueva historia que, unida a la de ayer; cotidianamente se escribe no sólo para recordarla, sino para aprender de sus lecciones. En la asiduidad de nuestros actos, requerimos del análisis de épocas pasadas; en principio para no repetir lo malo y para extraer de ella ejemplo y fortaleza de lo bueno.

Pedro José Méndez murió hace 144 años, después de haber triunfado en la batalla de Tantoyuquita, hombre de carne y hueso, por una herida mortal recibida se despedía de la vida; de ninguna manera lo hacía inútilmente. Aun en su ultimo aliento, tenía plena conciencia de conducir a los mexicanos por el camino justo, hacia nuevos estadios de su vida, señalando a sus soldados el camino a seguir. Y que hoy, inmortalizado en bronce; sigue firme apuntalando hacia el oriente, hacia el camino simbólico donde nace la luz, que renace día con día como señal de esperanza cuando las cosas parezcan irnos mal, y de fe cuando la duda asalte la voluntad de nuestras acciones.

Valoremos pues, en su exacta dimensión la importancia y trascendencia de nuestro acontecer histórico en todos los lugares de la patria, el viaje para ser una nación nunca ha estado hecho de atajos, ni se ha conformado con lo más fácil.

Retomemos el festejo de doscientos años de los cuales los primeros cien, fueron para consolidar nuestra libertad nacional, los otros cien para lograr nuestra igualdad social. Y que este siglo sea de una vez por todas, para complementar esa trilogía ideológica liberal, que los patriotas mexicanos de anteayer, de ayer y de hoy, desean para su pueblo: Libertad e Igualdad en la Fraternidad.

Es mi palabra, Muchas Gracias.

Alfredo Sánchez Villanueva